La sublevación de Ancash. Proyecto nacional y guerra de razas

Fabiola Escárzaga*

En este artículo se analizan las condiciones sociales y políticas, y las motivaciones y programas de los distintos grupos sociales (indios, mestizos y criollos) que participaron en la insurrección indígena ocurrida en la provincia de Ancash en la sierra norte peruana en 1885, que mantuvo sitiada durante dos meses la ciudad de Huaraz y se expandió por la región del Callejón de Huaylas. La sublevación permite articular una alianza popular, interétnica e interclasista en contra de los terratenientes tradicionales, cuyo alcance regional cuestionó la estructura de dominación oligárquica peruana.

Presentación

Durante más de dos meses, marzo y abril de 1885, la rebelión indígena dirigida por Pedro Pablo Atusparia mantuvo ocupada y sitiada la ciudad de Huaraz, capital del Departamento de Ancash en Perú, se expandió y llegó hasta el vecino departamento de Huánuco; levantado el sitio siguió durante casi cinco meses más una lucha de resistencia guerrillera minero-campesina en la Cordillera Negra,

* Profesora asociada del Departamento de Política y Cultura, UAMX

encabezada por Pedro Cochachín (a) *Uchcu Pedro*. Por su duración, extensión territorial y el número de los participantes, entre 20 y 25 mil indígenas por el saldo en vidas que costó, unas 2 mil 500, y por la heterogeneidad de fuerzas que sumó, supera los alcances de otras rebeliones ocurridas en el Departamento de Ancash, y en general en la región andina.¹

El movimiento, sus motivaciones, demandas, protagonistas y potencialidades están marcados por las consecuencias desastrosas que la derrota frente a Chile generó en la sociedad peruana. No obstante su alcance departamental, los elementos que pone en juego la sublevación expresan las contradicciones del conjunto de la sociedad peruana, asimismo las potencialidades y limitaciones del campesinado indígena como actor *nacional*, y las de otros sectores sociales, en la lucha contra las condiciones impuestas por el naciente y precario capitalismo.

La conciencia que los dirigentes (caudillos indios y mestizos, e intelectuales mestizos y criollos) tienen de la insurrección, a partir de su experiencia social, de la rígida división estamental que persiste en la sociedad peruana y de la relación directa que hay entre la pertenencia a una condición étnica particular (indio, mestizo o criollo) y el acceso a la riqueza, los obligará a generar una propuesta alternativa que rebase la división estamental vigente y haga posible sumar las distintas fuerzas en torno a una sola lucha; esa propuesta se formula a partir de la articulación del programa de transformación socialista (anarquista: venido de Europa) con el tema mesiánico presente en el ambiente andino desde fines del siglo XVIII, manifestado en la esperanza de un resurgimiento inca.

La recuperación del tema mesiánico permitirá al pensamiento anarquista un vehículo muy eficaz para arraigar en la región andina y generar propuestas que logren incidir en el terreno no sólo ideológico sino político.

Esa articulación se muestra en dos niveles: en el episodio de 1885 en Ancash; en las ideas de Luis Felipe Montestruque, el ideólogo del movimiento, un joven periodista limeño y criollo, ex combatiente en la Guerra del Pacífico, que edita un periódico, *El Sol de los Incas*, durante la ocupación de Huaraz por los indios, y propo-

En distintos lugares del Departamento de Ancash ocurrieron rebeliones indígenas en 1738, 1774, 1789, 1850 y 1863. Emilio Morillo y Balmes Lozano. *La sublevación de Atusparia. Versión oral Santiago Maguiña Chauca*: CIED, Lima, 1985, p. 10.

ne al caudillo de la insurrección, el alcalde indio Atusparia, como el nuevo Inca. Y también se expresa en el discurso de los *Memoriales*, verdaderos pliegos petitorios presentados a las autoridades político-administrativas por los alcaldes indígenas, autoridades tradicionales de las comunidades. Estos documentos muestran la apropiación por la intelectualidad india (o quienes cumplen esa función) de los argumentos políticos y éticos, y el tipo de razonamiento económico y social del pensamiento progresista traído de Europa por los inmigrantes obreros.

La insurrección propicia un diálogo en el ámbito ideológico, un diálogo intercultural entre intelectuales urbanos y occidentales y los caudillos indígenas, el cual resulta inédito en el contexto peruano, si consideramos la escasa difusión en el Perú de ese momento del pensamiento socialista y anarquista europeo.²

En esta primera articulación del programa anarquista y el comunal indígena aparecen, todavía inmaduros, los temas centrales que a la vuelta del siglo permitan a la intelectualidad progresista peruana definir un proyecto nacional que contemple como uno de sus actores centrales al campesinado indígena.

Los sucesos de 1885 también sientan precedentes funestos en términos de las posibilidades de una alianza interétnica (de indios, mestizos y criollos) como eje de la construcción nacional peruana. En la rebelión de Atusparia se esboza precariamente un programa mestizo de mediación entre indios y criollos, y se establece una alianza interétnica que permite alcanzar los primeros triunfos, pero las condiciones para su consolidación resultan precarias y se rompe rápidamente. En la confrontación entre indios y criollos, los mestizos se confirman, luego de un periodo de oscilación, como aliados de los criollos.

La *guerra de raza* es decir, la confrontación a muerte entre indios y blancos, es el marco de la lucha que se superpone y encubre la lucha de clases entre los terratenientes y los campesinos. La extrema polarización de la lucha de clases, desde la forma

² En 1885 Enrico Malatesta, uno de los teóricos anarquistas interesados por la cuestión campesina viaja de Italia a Buenos Aires. En 1888, el intelectual peruano Manuel González Prada presenta en el teatro Politeama de Lima su balance sobre las causas de la derrota peruana frente a Chile, de 1883, y afirma que es la falta de libertad de los indios el obstáculo a la construcción de una nación fuerte capaz de defender su soberanía; que son ellos y no la élite criolla los sujetos de la posible nación peruana. Es hasta 1905 que aparece *Los Parias* de Lima, periódico anarquista de vida estable, que contará con la colaboración de González Prada, convertido ya al anarquismo.

de la *guerra de rayas* impide tanto la negociación del conflicto como la acción mediadora de algunos de ellos y cancela la posibilidad de una alianza entre los diferentes grupos, pues contrapone sus distintas fracciones al interior del bloque dominado: indios contra mestizos; y los proyectos de los que son portadores.

Las consecuencias de la Guerra del Pacífico (1879-1883)

Durante la Guerra del Pacífico el caudillo liberal y terrateniente Andrés Avelino Cáceres encabezó las fuerzas que combatieron la ocupación chilena en el centro del país. Para fortalecer su ejército incorporó en el combate a sectores considerables del campesinado indígena. No sólo en la forma tradicionalmente usada, mediante la leva forzada para integrarlos como tropa a las fuerzas regulares, sino como guerrilleros. Emisarios de Cáceres (pequeños comerciantes, campesinos ricos y curas de parroquia) recorrieron comunidades y pueblos, exhortando en español y en quechua a contribuir con recursos y formar *montoneras* (bandas guerrilleras). Estas fuerzas irregulares conservaban la forma de organización propia de las comunidades indígenas; la decisión de combatir era colectiva, los mandos eran elegidos por las propias comunidades y las formas de lucha eran las tradicionalmente usadas por ellos. Cáceres respetó esas estructuras tradicionales, y estableció formas duales de mando: uno formal, a cargo de militares de carrera, y otro informal a cargo de cabecillas locales, quienes organizan a los combatientes indios; ambos mandos funcionaban en forma concertada.

Los excesos cometidos por las fuerzas de ocupación chilenas afectaron a todos los sectores de la sociedad, pero particularmente al campesinado indígena que debía tributar toda clase de productos: víveres, ganado, forraje, leña, y hasta mujeres vírgenes. Por ello, más que identificarse con la causa de la soberanía nacional atropellada por el invasor, la incorporación de campesinos indígenas en las *montoneras* respondía a la convocatoria *cacerista* para defenderse de un nuevo opresor muy poderoso (los oficiales chilenos) y vengar los agravios sufridos. Cuando avanzada la guerra un creciente número de terratenientes se convirtieron en colaboradores de las fuerzas de ocupación, Cáceres autorizó que los campesinos tomaran tierras de los colaboracionistas.

El pronunciamiento del general Miguel Iglesias, Jefe Militar del Norte, en que manifestaba su disposición a firmar la paz con los chilenos, aceptando todas sus con-

diciones, y la muerte del presidente Garfield de Estados Unidos, que inclinó hacia Chile el apoyo norteamericano, fueron los factores que precipitaron la derrota peruana frente a Chile.

Frustrados sus planes de recuperar Lima, por la falta de apoyo en armamento, Cáceres debió replegarse hacia el norte, y el 10 de julio de 1883, en Huamachuco, su ejército fue destruido por las fuerzas invasoras. La derrota fue sellada con el Tratado de Ancón, por el que Perú cedía a Chile los territorios de Tacna y Arica.

Perdida la causa de la soberanía nacional, Cáceres inició la lucha por el poder contra Manuel Iglesias, quien apoyado por los chilenos se había convertido en presidente. Así, terminada la guerra contra Chile, inició la guerra civil entre *caceristas* e *iglesistas*. En el nuevo proyecto de Cáceres, los sectores medios y el campesinado indígena, incorporados para defender la soberanía peruana, ya no temían cabida, pero ellos tardaron en darse cuenta del cambio, habían sido desarraigados parcialmente de sus lugares de origen y nuevos horizontes se les abrieron; desmovilizarlos era probablemente más difícil de lo que había sido incorporarlos a la guerra.

La insurrección de Atusparia ocurre justamente entre el inicio de la guerra civil en julio de 1884 y el triunfo de Cáceres sobre Iglesias, y su llegada a la presidencia en junio de 1886, lo que explica que muchos de los participantes en la rebelión vieran todavía al *cacerismo* como solución a sus demandas.³

Las condiciones sociales de la región

El Departamento de Ancash, cuya capital es la ciudad de Huaraz, colinda al sur con el Departamento de Lima, al este con el de Huánuco y al norte con el de la Libertad; como vecino de la sierra central comparte los rasgos estructurales de la región que ofreció la mayor resistencia a la ocupación chilena bajo la conducción de Cáceres. Durante la guerra contra Chile, Ancash estuvo bajo el control político-militar del

³ Cf. Florencia Mallón. "Coaliciones nacionalistas y antiestatales en la Guerra del Pacífico: Junín y Cajamarca, 1879-1902", en Steve J. Stern. *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglos XVIII al XIX*: IEO, Lima, 1989. Y Nelson Manrique. "Los movimientos campesinos en la Guerra del Pacífico", en *Allpanchis Phuturinga*, núm. 11-12, Cusco, 1976.

general Manuel Iglesias, por lo que terminada la guerra el poder local estaba en manos de *iglesistas*, pero había muchos ancashinos mestizos e indígenas que habían participado en el ejército de Cáceres, y luego de la derrota se reintegraron a su región de origen, y también quienes siendo originarios de otros departamentos del Perú se refugiaron en Ancash debido a su cercanía con el último reducto cacerista en Huamachuco. De manera que en Ancash la confrontación entre *caceristas* e *iglesistas* era virulenta.

El Departamento de Ancash está conformado por una franja de costa, una de sierra y otra de selva. El Callejón de Huaylas, escenario principal de la sublevación, es un valle longitudinal situado entre las dos cordilleras que conforma la porción serrana del departamento, la Cordillera Blanca al este y la Cordillera Negra al oeste. El Callejón lo atraviesa el río Santa, y a la vera del río se encuentran las ciudades más importantes del departamento: Huaraz (capital departamental), Carhuaz, Yungay y Caraz. Las ciudades están a relativamente poca distancia una de la otra, hay 70 kilómetros entre la primera y la última de ellas. La cercanía entre las ciudades y la densidad demográfica del Callejón de Huaylas facilitaron la rápida extensión de la sublevación y los primeros éxitos de los sublevados, quienes por el conocimiento del terreno pudieron aprovechar, en su estrategia, los elementos que la accidentada naturaleza andina ofrecía.

El departamento presenta cierta heterogeneidad productiva y social. En torno a Huaraz predominan las estancias (comunidades indígenas), que abastecen el consumo de la ciudad. Hacia el norte, en torno a las ciudades mestizas de Carhuaz, Yungay y Caraz, el proceso de expansión de los terratenientes, a partir de la usurpación de las tierras de las comunidades indias, generó el fraccionamiento de las comunidades y su desplazamiento hacia las partes más altas de los cerros donde las condiciones de vida son más duras. En las tierras bajas del Callejón de Huaylas, en los valles más fértiles, acaparados por las grandes haciendas, persistían algunas pequeñas propiedades, y en las partes altas, las comunidades indígenas lograban mantener sus formas productivas y organizativas, aunque en condiciones materiales más precarias, debido a la dureza de la tierra, el frío y lo accidentado del terreno.

En las grandes haciendas de los valles de clima más benigno y tierras fértiles, la fuerza del trabajo principal son los *colonos*, que a cambio de la posesión de una pequeña *chacra* (parcela) de subsistencia están obligados a cultivar durante varios días de la semana las tierras del hacendado y otras cargas. Los colonos son retenidos en

la hacienda mediante un sistema de deudas. En las haciendas las condiciones de trabajo eran terribles, persiste el control servil por medio del terror; en cárceles privadas se castigaba a los campesinos que incumplían sus cargas, sometiéndolos al cepo y a los grillos. Las viudas eran forzadas a trabajar mediante el látigo para cubrir las deudas de sus maridos o sus hijos.

Las estancias o comunidades indígenas son libres pues no están subordinadas a las haciendas, son propietarias colectivas de sus tierras y ganado, pero sus tierras son de baja productividad, lo que impide su autosuficiencia y les obliga a establecer relaciones desiguales con el exterior. Las comunidades están integradas por un número variable de familias vinculadas entre sí, por lazos de parentesco (real o espiritual), y mantienen mecanismos de cooperación e intercambio de trabajo con otras que son necesarias para incrementar la productividad de las tierras disponibles: preparación de los terrenos, construcción y mantenimiento de canales, levantamiento de cosechas, construcción de casas, templos, etcétera.

Los campesinos libres de las estancias eran sometidos por diversos mecanismos a la explotación de los terratenientes con la intermediación del poder político. El término gamonalismo, que alude a una planta parásita, designa la estrecha relación entre el poder económico de los terratenientes y su capacidad para controlar el poder político local y regional, es el instrumento que garantiza esa dominación.

Los *trabajos de la República* obligaban a las estancias al envío de fuerza de trabajo para la construcción de caminos u otras obras necesarias en las ciudades para beneficio de sus habitantes criollos y mestizos (construcción o mantenimiento de cementerios, cuarteles, iglesias, empedrado de calles) e incluso para beneficio directo de las autoridades civiles y religiosas. Los indios debían acudir sin recibir ninguna remuneración y sin que se cubrieran los costos de su alimentación, que debían asumir las propias comunidades.

En la década de 1870 la apertura del ferrocarril de Chimbote a Huallanca en la sierra, estimuló la explotación minera en Ancash. Se establecieron en la Cordillera Negra numerosas explotaciones mineras de propietarios extranjeros. Su presencia modificó significativamente a las comunidades indígenas asentadas en su área de influencia, al incorporar parcialmente a los campesinos de la región como mineros. Las condiciones de trabajo en las minas eran menos duras que las de los colonos de las haciendas y que las cargas que las autoridades imponían a los indios de las comunidades. No obstante sus nuevas condiciones, ellos esperaban recuperar las tierras bajas

arrebatadas por los gamonales. Los trabajadores mineros venidos de las ciudades, con mayor experiencia de lucha, se convirtieron en los dirigentes naturales de los movimientos de reivindicación de tierras de campesinos de las comunidades.

Los sectores intermedios, mayoritariamente mestizos y asentados en las ciudades, también estaban sometidos al poder terrateniente. El desastre económico generado por la ocupación chilena arruinó la producción en todas las regiones, y afectó a todos los sectores. Las arcas del gobierno central quedaron vacías, la confrontación entre los diversos sectores se acentuó, y los más débiles eran los que debían pagar los costos de la recuperación.

Los agravios

El 7 de noviembre de 1884, el prefecto de Huaraz, Noriega, ordenó la expulsión de cincuenta *caceristas*. En la lista figuraba el periodista Luis Felipe Montestruque (1852-1885), ideólogo de la sublevación. Seis de ellos fueron aprehendidos y acusados de pretender asesinar al gobernador Collazos en octubre de 1884, y de organizar una asonada el 13 de noviembre del mismo año. Se prohibió circular sin pasaporte y se exigió la entrega de armas, multando a los infractores y recompensando al denunciante.

A los propietarios de minas, Noriega les impuso el pago de la *contribución de minas*, impuesto que habían pagado a las autoridades anteriores, que eran *caceristas*. Los que no obedecieron fueron perseguidos, ellos se sumarían al movimiento o aportarían armas.

A los habitantes de Huaraz, mestizos en su mayoría, el prefecto les impuso el pago de 40 centavos plata, por las placas de una nueva numeración de las casas o tiendas; a los morosos se les cobraría el doble. El plazo para pagar vencía el 28 de febrero de 1885, una semana después de haber publicado el bando. La arbitraria medida generó el descontento de la mayor parte de la población urbana.

El gobernador Collazos (subordinado del prefecto) ordenó al Alcalde indio de Marián, Pedro Pablo Atusparia, que hiciera llevar paja a los indios de su distrito, para construir una ramada en el cuartel de la ciudad. En vista del incumplimiento de la orden, Collazos hizo traer a Atusparia, quien manifestó que los campesinos se negaban a trabajar gratuitamente. Ante la respuesta, el gobernador hizo encarcelar con grillos al Alcalde indio y le obligó a pagar una multa.

El 22 de febrero de 1885 el prefecto Noriega publicó un bando en que se establecía el pago de la *contribución personal* de dos soles plata al semestre y en el plazo perentorio de tres días, impuesto que afectaba exclusivamente a los indios libres. Los campesinos, a través de un *memorial* firmado por los Alcaldes indios de cada estancia de Huaraz, pidieron al prefecto Noriega una rebaja del importe o un plazo prudencial para realizar el pago. Y que no se les obligase más a trabajar sin remuneración y se les concediese, asimismo, las mismas garantías de que gozaban todos los ciudadanos. Las razones en que sustentaban su petición eran:

1. Que el general Castilla había abolido el tributo en 1854.
2. Que a consecuencia de la guerra con Chile y de la Guerra civil habían quedado muy pobres.
3. Que los trabajos forzados y gratuitos a los que estaban obligados les ocupaban todos los días de la semana y no les dejaban tiempo para trabajar en forma independiente y ganar un salario.
4. Que habían pagado ya el Boleto de Ocupación (impuesto que evitaba la leva forzada).
5. Que habían perdido sus cosechas por el mal tiempo.⁴

El prefecto Noriega, sorprendido por la insolencia de la argumentación, ordenó investigar quién había redactado el documento, pues consideró que los alcaldes no tenían capacidad para hacerlo. Más allá de su rechazo a una medida fiscal injusta, los indios cuestionaban la condición subordinada a la que eran sometidos. Las autoridades de Huaraz procedieron a la captura de los alcaldes firmantes, entre los que figuraba Pedro Pablo Atusparia. Este último fue azotado para que revelara el nombre del autor del *memorial*.

Sin considerar la petición de prórroga de los indios, el 1º de marzo, en la misa dominical, las autoridades notificaron a los Alcaldes indios de las aldeas la orden de cobrar a cada uno de sus integrantes y entregar las contribuciones de sus respectivas circunscripciones en un plazo de tres días. Pedro Guillén, el único de los Alcaldes

⁴ C. Augusto Alba Herrera. *Atusparia y la revolución campesina de 1885 en Ancash*. Atusparia, Lima, 1985, ag. 48.

Ordinarios que quedaba libre, encabezó una comisión de 20 Alcaldes Pedáneos (de menor jerarquía que los ordinarios)⁵ en la que reiteraba la negativa de las 31 estancias que rodeaban Huaraz a pagar la contribución, pues ella excedía sus posibilidades económicas. Reclamaban los mecanismos inhumanos que se empleaban para su cobro y el destino de los recursos: alimentar a oficiales y soldados que pretendiéndose defensores de la patria vivían a costa de los pueblos indios.

Ante el desafío, el gobernador ordenó la prisión de los alcaldes, a quienes para humillarlos les cortaron sus largas trenzas, emblema de su autoridad ante la comunidad.

La sublevación

La sublevación comienza con la ocupación y el sitio por los indios de la capital departamental Huaraz. La afrenta del gobernador a las autoridades tradicionales enardeció a los indios que, para liberar a sus alcaldes, se presentaron en masa en la prefectura exigiendo la liberación y la rebaja de la contribución. Una hora después tomaron la Plaza de Armas de Huaraz. Después de dos días de combates sumamente violentos, los indios hicieron huir a los soldados, que, no obstante la superioridad de su armamento, resultaron insuficientes para contener a la masa india desbordada. En la acción participaron miles de indígenas provenientes de las estancias cercanas a la capital y de otras provincias más alejadas, precariamente armados con sus instrumentos de trabajo, hondas y algunos rifles. Respondían al llamado de los mensajeros indios *{chasquis}*, de acuerdo con un plan de ocupación concertado previamente.

⁵ Los Alcaldes Ordinarios eran la autoridad distrital de las comunidades y el Alcalde Pedáneo o de campo era la autoridad de una aldea o comunidad, ambas eran autoridades reconocidas por los indígenas, pero sin reconocimiento formal en la legislación peruana. No obstante, en los hechos se reconocía a las autoridades tradicionales, tanto a nivel político como administrativo, local y nacional. La Iglesia propiciaba y vigilaba los mecanismos de elección de esa jerarquía india, que constituía un eficaz mecanismo de control sobre la población indígena. De cualquier manera, las autoridades tradicionales encarnaban las aspiraciones de la población india por lo que eran obedecidas y respetadas. Eran elegidos por las comunidades y el cargo se ejercía durante un año. Los alcaldes tenían a sus órdenes a la policía que también era elegida por las comunidades: *ibidem*, p. 50.

El factor sorpresa fue decisivo en esta primera acción; aunque tenían indicios de la conspiración las autoridades no imaginaron la magnitud del levantamiento y de la capacidad de organización del mismo. Entre las fuerzas del orden hubo cerca de un centenar de muertos, y 40 huyeron y fueron desarmados por los indios; entre los indios murieron varios cientos. En los primeros días los indios atacaron también a los comerciantes chinos de la ciudad y a los *iglesistas* conocidos.

La capital departamental fue ocupada durante dos meses por los indios: eligieron a sus propias autoridades, organizaron el abasto de la población y mantuvieron el orden interno, además controlaron los excesos de los primeros días y garantizaron la seguridad de los habitantes mestizos de la ciudad; los ricos huyeron de ella. Los indios mantuvieron vigilado el acceso a la ciudad. El Alcalde indio Atusparia fue el conductor de este proceso. El abogado Manual Mosquera fue nombrado Prefecto provisional del departamento, era mestizo, representante de la pequeña burguesía huaracina, y como tal expresaba un alcance mayor que el local al levantamiento. El joven periodista criollo Luis Felipe Montestruque fue nombrado Secretario General de la Sublevación, y elaboró el fundamento ideológico de la insurrección. Las tres figuras son representativas de la alianza de fuerzas construida: indios, mestizos e intelectuales criollos.

Atusparia era el eje de esta articulación, en tanto representaba a la fuerza mayoritaria, la indígena, a la que como autoridad tradicional infundía confianza y convicción de triunfo, sabía dirigirla y era respetado por la masa india, así garantizaba a los otros sectores de la alianza la posibilidad de encauzar la fuerza india en una misma dirección. Los tiempos y los ritmos de la actividad agrícola⁶ y las formas de organización faccional de las comunidades definieron la estrategia militar de la sublevación,⁷ los mestizos que los coordinaban se plegaron a esa lógica para obtener los mejores resultados de la capacidad ofensiva india.

⁶ Los ritmos de la actividad agrícola están expresados en el calendario religioso y sus festividades. El inicio de la insurrección coincidió con el término de la siembra y ello permitió la participación masiva de las comunidades, incluidas las mujeres. El aplastamiento de la rebelión, siete meses después ocurre antes del inicio de la temporada de lluvias que habrían impedido el combate.

⁷ Durante la ocupación y sitio, las fuerzas provenientes de los cuatro puntos cardinales asumieron el control de la parte correspondiente de la ciudad. Que también se rige por una división faccional.

Como alcalde indio Atusparia sabía organizar también su capacidad constructiva, no sólo la destructiva. El sitio de Huaraz se sustentó en la organización de un poder indio alternativo sobre un espacio que no era el suyo, el de la ciudad mestiza, donde incursionaban cotidianamente para cumplir las obligaciones de trabajo impuestas a las comunidades por las autoridades mestizas. Durante el sitio los indios cumplían las mismas funciones que antes pero ahora exigían a los ricos el pago por esos servicios para sus propios fines.

Atusparia, nombrado por Montestruque *Apu Inca* (Rey Inca), vivió el apogeo de su poder durante las festividades de Semana Santa, el 2 y 3 de abril, cuando el párroco de la ciudad, identificado con la sublevación, lo invita a presidir las ceremonias religiosas. En su sermón en quechua el párroco establece un paralelo entre la pasión de Cristo y los tormentos sufridos por Atusparia durante su cautiverio, y exalta su actitud indulgente frente a sus enemigos, a los que protege con un llamado para evitar excesos. La multitud india lo aclama como *Apu Inca*.

Con el ejemplo de su triunfo sobre los *iglesistas*, los rebeldes llamaron a todas las provincias del departamento y también a los departamentos vecinos de La Libertad (al norte) y Huánuco (al sur), a plegarse a la rebelión: tomar las tierras y marchar hasta la Costa, y reconocer la autoridad indiscutible del nuevo gobierno de Huaraz.⁸ Para hacer realidad ese llamado, una vez consolidada la ocupación de la capital, se inició la marcha hacia el norte, para expandir la sublevación hacia todos los pueblos del Callejón de Huaylas. Las ciudades mestizas de Yungay, Caraz y Carhuaz, asiento de los ricos, eran los objetivos fundamentales, para finalmente marchar hacia la costa, espacio representativo del poder criollo.

En esta estrategia de expansión la cabeza fue el mestizo Mosquera, quien el 7 de marzo partió de Huaraz con 80 hombres bien armados y 2 mil indios. Durante su recorrido por los pueblos de la región, y como prefecto elegido por los sublevados, Mosquera daba posesión a las nuevas autoridades, las que debían firmar su adhesión a Cáceres, e integraba más indios a su ejército.

Durante el mes de marzo el avance de la sublevación fue incontenible. Todos los pueblos indios del Callejón de Huaylas se pliegan a ella, y las ciudades mestizas de Yungay, Carhuaz y Caraz se ven acorraladas. Al oriente de la Cordillera Blanca,

⁸ Alba Herrera, *op. cit.* p. 58.

las provincias de Pomabamba, Pallasca y Huari en el departamento de Ancash, y las de Marañón y Huamalíes en el departamento de Huánuco se suman a la sublevación. Yungay fue atacada el 29 de marzo, la Villa de Pueblo Libre fue tomada el 5 de abril. Durante los enfrentamientos, ambas partes aplicaron dosis elevadas de violencia, la mortandad fue muy alta entre los indios por la superioridad en armamento de las fuerzas represivas. Entre las fuerzas del orden, no se repitió un número de bajas como la de los primeros días en Huaraz, debido a la diferencia de armamento entre bandos.

El 3 de abril Mosquera instala en Mancos, poblado a 5 km de Yungay, su cuartel general, con cinco mil indios, desde allí ataca o amaga a las ciudades mestizas y negocia con sus élites. Los ricos, aterrorizados por lo ocurrido en Huaraz y la falta de fuerzas del orden que protejan sus vidas e intereses, comienzan a huir en masa de las ciudades serranas hacia la costa, lo hacen a pie por falta de muías para el transporte, cargando sus bienes. Los jóvenes se quedan y se organizan como guardia urbana para defenderse de la indiada. Rodeados por los insurrectos, conscientes de su precaria situación, los ricos utilizan tácticas más sutiles para enfrentar a sus enemigos indios: cuando es necesario fingen apoyar la sublevación, y, por imposición de Mosquera, firman adhesiones a Cáceres; pagan elevados rescates en dinero y en armas, a cambio de no ser atacados; adulan a los caudillos, Mosquera era especialmente vulnerable a esta táctica: ofreciéndole alcohol, música y mujeres, los mestizos se anotaron varios triunfos. También manipulaban a los indios mediante la religión, y emborrachándolos neutralizan su capacidad de defensa. Los terratenientes conocían bien las debilidades de su enemigo.

Otro frente fue el organizado por Uchcu Pedro, indígena minero-campesino, que en la Cordillera Negra, región minera del departamento, organizó montoneras (guerrillas de masas) que apoyaban a los otros frentes. Sus formas de lucha eran especialmente violentas, además de las armas tradicionales de los campesinos, los mineros usaban pólvora y dinamita de la que se proveían en los depósitos de las empresas, pero no atacaban instalaciones mineras, sino que la usaban para atacar ciudades. A principios de abril, Uchcu Pedro amenazó con volar la ciudad de Yungay, lo que finalmente no ocurrió.

La expansión de la sublevación hacia el norte hizo aflorar las diferencias programáticas, estratégicas y tácticas entre los grupos que integraban la alianza inicial y sus caudillos, lo que provocó la comisión de graves errores tácticos y la confrontación al interior.

Las fuerzas represivas

La rapidez y extensión de la sublevación a todo el departamento se explica, amén de la inicial articulación y organización de los grupos rebeldes, por la deficiente defensa ofrecida. Luego de la matanza en Huaraz, los soldados sobrevivientes huyen y los refuerzos enviados desde la Costa durante el primer mes resultan insuficientes, están escasamente avituallados y desmoralizados. Los ricos solicitan a Lima nuevos refuerzos que son enviados, pero dadas las deficientes condiciones de transporte de la época llegan con bastante retraso.

El 8 de abril el Ministro de Gobierno nombra al coronel de infantería José Iraola, como Prefecto y Comandante General del Departamento de Ancash, y al coronel de caballería Manuel Callirgos como Comandante General de las Fuerzas Expedicionarias, quienes vía marítima llegan al Puerto de Casma el 12 de abril, al frente de 11 oficiales y 34 tropas, municiones y dinero para el pago de los sueldos atrasados de los soldados. Tienen órdenes de no distraer esos recursos en otros fines, como ya había ocurrido. Más importante que la cantidad de refuerzos era el parque que permitiría actuar a las guardias urbanas organizadas previamente entre los habitantes de las ciudades.

Una serie de errores tácticos precipitaron la derrota de los sublevados. El 24 de marzo logran las fuerzas expedicionarias llegar a Yungay (siete días de viaje desde Casma por falta de muías), y el 25 se dan los primeros enfrentamientos. Los rebeldes, dirigidos por Montestruque ante el retraso de Mosquera, entretenido en Caraz por un bautizo, aplican la misma táctica que en Huaraz: cerco sigiloso, y ataque masivo a la ciudad al amanecer con cinco mil hombres. Pero las fuerzas expedicionarias están mejor armadas y preparadas para enfrentarlos que en Huaraz y tienen, además, el apoyo de la población mestiza. En esta batalla el joven periodista Montestruque fue herido, y murió tres días después.

Incorporado Mosquera a la dirección, el ataque rebelde se repite al día siguiente, con la misma táctica, igual cantidad de indios y un poco más de armas, pero los mismos infructuosos resultados. Entre los indios murieron más de un millar en los dos días, y entre las fuerzas represivas hubo sólo un herido. En vista de los resultados Mosquera pide una tregua a Iraola, para esperar la llegada de refuerzos de Huaraz, pero Atusparia, luego de la conducta licenciosa de Mosquera, desconfía de él y desautoriza la tregua.

Así, el 28 de abril Mosquera ataca nuevamente Yungay como le ordena Atusparia, con la misma táctica pero 12 mil hombres venidos de todas las provincias del departamento y 200 rifles. Solís y Granados dirigen el combate que resulta una total derrota para las fuerzas sublevadas, y una carnicería, pues a pesar de su número carecen de armamento. Los indios caen bajo el fuego de un único cañón apostado en los cerros. Cerca de dos mil hombres mueren, Granados y Atusparia son heridos y puestos a salvo. Entre las fuerzas expedicionarias sólo se reportan tres heridos.

La derrota del 28 de abril es contundente no sólo por las pérdidas objetivas que produce, sino por su simbolismo. Además de ser herido Atusparia muestra que es falible como conductor; Montestruoque muere, y Mosquera queda descalificado por su propia incapacidad para dominar su vanidad y vicio.

Victoriosas, las fuerzas expedicionarias inician la marcha hacia Huaraz para recuperarla y en persecución de los sublevados que se repliegan hacia ella. La fatalidad contribuye también a la derrota de los insurrectos. El 3 de mayo, día en que las fuerzas expedicionarias llegan a Huaraz, coincide la festividad del Señor de la Soledad, patrono de la ciudad. El párroco llama a los indios a cumplir con sus obligaciones religiosas antes de combatir a las fuerzas represivas, y ellos obedecen. Cuando la imagen religiosa es sacada de la iglesia, los picos de su corona chocan con el marco de la puerta y se quiebran, lo que es considerado por la masa india como una fatalidad, al terminar la procesión los indios ingieren alcohol proporcionado por los mestizos, y al iniciar el combate se encuentran ebrios e incapaces de pelear. La derrota es aplastante y las fuerzas de Iraola recuperan Huaraz.

El 11 de mayo las nuevas autoridades logran la firma de un acuerdo de paz por los sublevados de las estancias del lado de la Cordillera Blanca, representados por el mestizo Justo Solís, y con la firma de Atusparia como alcalde de una de las estancias. Atusparia había sido llevado herido a Huaraz y recibido por un hacendado español; en *prisión dorada* aceptó el acuerdo de paz y obtuvo garantías de parte de Iraola de que su vida y la de su familia serían protegidas.

Sin conocimiento de la firma de un acuerdo de paz, Uchcu Pedro prepara un ataque sobre Huaraz, ordena a Justo Solís participar con sus fuerzas y confía en recibir apoyo de fuerzas provenientes de Huari. Derrotado por la falta de apoyo Uchcu Pedro se repliega hacia la Cordillera Negra, donde sus fuerzas se mantienen a salvo. Inicia desde allí una lucha de resistencia guerrillera con sus fuerzas minero-campesinas, y realiza incursiones a diferentes poblados que mantienen en la incertidumbre a

los terratenientes y mineros de la región. La resistencia se prolongará por casi cinco meses, hasta el 29 de septiembre en que su caudillo es capturado mediante una traición y fusilado.

Las ideologías del movimiento

El socialismo inca

Luis Felipe Montestruque, el ideólogo de la sublevación, nació en Lima en 1852, era criollo, hijo del matrimonio de Felipe Montestruque y Bartola Flores. Estudió en la Universidad de San Marcos y leyó la literatura socialista que llegaba a Lima. Combatió la invasión chilena como capitán de la Guardia Nacional, y luego de la derrota en Huamachuco en julio de 1883, se asiló en Huaraz. Posiblemente él redactó el Manifiesto del 27 de julio de 1883, publicado en el periódico *la Autonomía de Ancash*, que expresa en el análisis de las causas de la derrota de Huamachuco, la impotencia de su generación ante las condiciones sociales de su época.⁹

Montestruque formaba parte de un grupo de criollos y mestizos que alentaban el descontento y organizaban la rebelión indígena. Iniciada la sublevación, el joven periodista fue nombrado Secretario General, y publicó durante el periodo en que Huaraz estuvo en poder de los indios un periódico, *El Sol de los Incas*, en el que difundió su proyecto *neoincaísta*, que concillaba las teorías colectivistas del pensamiento contemporáneo (anarquismo) con el sistema socio-económico y político de los incas. Sus ideas, todavía inmaduras, quedaron truncadas por su temprana muerte en combate a los 33 años. De ellas hay pocos testimonios, sólo tenemos referencias de segunda mano de Alba Herrera, pero reaparecen a principios del siglo XX entre algunos dirigentes e intelectuales anarquistas como Manuel González Prada.

Montestruque consideraba que era el momento oportuno para luchar por la recuperación de las tierras arrebatadas por los gamonales, pues todo el país estaba disgregado por la lucha entre caudillos. Su consigna era *la tierra es para todos*. El objetivo final de la lucha sería tomar Cuzco, capital del antiguo imperio de los incas, donde

⁹ Alba Herrera, *op. cit.*

se echarían las bases de un nuevo estado comunista monárquico. Se insurreccionarían todas las razas de América y se proclamaría la verdadera independencia americana.

Montestruoque sabía que la evocación del pasado glorioso del Tahuantinsuyo hacía renacer las esperanzas de los indígenas en restablecer sus derechos conculcados, e infundía la audacia y la convicción de poder y de inmortalidad necesarios para la insurrección, por ello introdujo en la masa indígena una corriente de opinión en la que Atusparia era *Apu Inca* (Rey Inca).

La articulación del elemento mesiánico y la ideología anarquista dio al movimiento de Ancash una dimensión nueva respecto a otros movimientos campesinos de importancia en ese tiempo, que lo hizo más peligroso para los intereses de los grupos dominantes.

Para Montestruoque el objetivo de la sublevación era sacudirse de la dominación de los terratenientes y de quienes representaban sus intereses, los militares. La lucha no era de políticos, es decir, de fracciones de la clase terrateniente por alcanzar el poder, que era el propósito de la guerra civil entre *caceristas* e *iglesistas*, sino que iba más allá, era *una lucha de castas y con tendencia marcada al comunismo: una guerra social de rayas y de comunismo*.

Como Secretario General, Montestruoque intentó orientar el movimiento hacia un cambio en la maquinaria estatal. La organización de la ocupación y el sitio de los indios de Huaraz así lo demuestra. En ciudades como Yungay y Caraz, donde la confrontación entre las clases era radical, la insurrección se encauzó a la toma de tierras. La fuerza combativa infundida a la masa indígena por la propuesta neoincaísta se expresa en las voces de los grupos dominantes, perplejos ante el despertar de la indiada y sus consecuencias potenciales, como podemos ver en estos testimonios:

públicamente blandiendo los palos decían que eran los únicos dueños del Perú y que iban a reivindicar los derechos usurpados, degollando a los blancos y mestizos, casándose con las blancas una vez que triunfaran definitivamente. Pero las indias no se conformaban con la última parte y [decían] que ellas degollarían a las blancas.¹⁰

Ciudadanos de Yungay denuncian que durante la sublevación

¹⁰ Publicado en *El Comercio*, junio de 1885. Alba Herrera, p. 196.

En estos pueblos no ha habido propiedad, todo ha estado a merced de las turbas, hasta haberse adueñado de los distintos fundos repartiéndose por topos los terrenos y en facciones los ganados, como en la época del incario.¹¹

El cacerismo

Personaje representativo del proyecto *cacerista* y de sus contradicciones es el doctor Manuel Mosquera, mestizo, nacido en Huaraz en 1848, estudió en la Universidad de San Marcos en Lima, donde se graduó de abogado en 1869. En 1883 participó como diputado suplente de Huaraz en el Congreso de Arequipa y al terminar éste se unió a las huestes de Cáceres en la sierra central, combatiendo a los invasores chilenos y más tarde a Iglesias.

Mosquera inscribió la rebelión indígena de Ancash en la lógica de la confrontación política entre los dos grupos políticos terratenientes que luchaban por el poder central. Con ello trascendía su carácter regional, pero al mismo tiempo limitaba sus alcances económicos y sociales. Mosquera buscaba construir una alianza de la pequeña burguesía mestiza, liberal y empobrecida con los indígenas, para llevar a Cáceres al poder en contra de los terratenientes aliados a los ocupantes chilenos. Los mestizos, como mediadores en la alianza entre los terratenientes *caceristas* y los indios, reforzarían su situación social, pero no se planteaban como eje de un proyecto alternativo al de los terratenientes.

Las formas de hacer política de Mosquera son elocuentes respecto a las limitaciones de la capacidad de conducción política de los mestizos: obligaba a la burguesía, acorralada militarmente, a suscribir actas de adhesión al general Cáceres; a los indios les prometía que Cáceres recompensaría su apoyo permitiendo a las comunidades indígenas tomar posesión de las tierras de los *iglesistas* (como había hecho durante la guerra contra Chile), y que Cáceres jamás cobraría la contribución personal.

Eclécticamente, Mosquera complementaba su propuesta *cacerista* con elementos *neoincaístas*: ofrecía revivir los antiguos títulos del incario, coronar inca a Atusparia y devolver la tierra usurpada a los indios. También recurría a argumentos anarquistas: no habría impuestos, ni pobres ni ricos porque toda la tierra sería de la comunidad.

¹¹ *Ibidem*, p. 197.

Sus debilidades de carácter, aprovechadas en varias ocasiones por el enemigo, y su oscilante posición entre indios y criollos, son otros signos de la incapacidad mestiza para dirigir una alianza interclasista. Frente a la guerra de razas, los mestizos *caceristas* mantuvieron una posición oscilante, la utilizaban cuando ella permitía avanzar sobre el enemigo, pero la evitaban cuando amenazaba la vida de los mestizos urbanos y desbordaba su capacidad de conducirla.

Los *caceristas* que participaron en la sublevación de Ancash eran sinceros en cuanto a su identificación con la causa indígena, pero consideraban que ella debía subordinarse y limitarse a los objetivos del *caceristno*.

El desenlace

Las medidas de escarmiento contra los sublevados fueron implacables. El 16 de junio Iraola expidió un decreto en el que establece un plazo de 15 días para que los participantes en la rebelión, ya sea como caudillos, como empleados en la administración u obedeciendo el régimen rebelde, se presenten a la prefectura a recoger su salvoconducto. Los que permanezcan armados o no se presenten serán considerados como rebeldes, en cuyo caso serán juzgados en Consejo de Guerra verbal, pasados por las armas en el término de 24 horas y confiscados sus bienes para indemnizar al Estado y a los particulares de los gastos y daños que han causado. También quedaban sujetos a confiscación los encubridores de los rebeldes u ocultadores de armas. Los militares y civiles mestizos que participaron en la sublevación fueron fusilados. El semanario local *El Pueblo*, que denunciaba los fusilamientos, fue clausurado.

Aunque Iraola decretó la suspensión del cobro de la contribución personal, motivo del conflicto, los vencedores se ensañaron contra los indios exigiéndoles mayores cargas, y las condiciones sociales se deterioraron más si era posible.

Un año después del aplastamiento de la sublevación, y con Cáceres ya en la presidencia, se dictó la Ley de descentralización del Presupuesto Nacional del 30 de noviembre de 1886, que restablecía el cobro de la *contribución personal* a todo varón mayor de 21 años y menor de 60. Debía pagarse un sol de plata al semestre en la Sierra y dos soles en la Costa. Quedaban exentos del pago el clero regular, los soldados y clases del ejército y la marina. Cáceres traicionaba así las esperanzas de los indios que habían combatido con él.

La población urbana de Huaraz vivía en estado de alerta, esperando en cualquier momento una nueva rebelión indígena que ahora sí acabara con la población no india. Pero los indios estaban divididos, unos solicitaban prórrogas para el pago del impuesto y otros simplemente se negaban a pagar y a ser empadronados como deudores, de estos últimos se afirmaba que eran aconsejados en tal sentido mediante una "tenaz y criminal propaganda" llevada a cabo por intelectuales "pequeño burgueses".

Un nuevo *Memorial* fue presentado por los Alcaldes Ordinarios y Pedáneos de las estancias de Huaraz, el 26 de marzo de 1887, dirigido al presidente Cáceres. En éste se pide la suspensión del cobro de la *contribución personal* en la Provincia. Sus argumentos eran:

- Que si bien el gravamen parece pequeño, es una imposición superior a sus fuerzas e imposible de cumplir por los indios.
- Que durante su lucha entre los indios, por el "establecimiento de las libertades e instituciones republicanas", el presidente Cáceres conoció las condiciones de vida indígenas: el pauperismo que sufren desde tiempo inmemorial, su esclavitud, la ausencia de derechos y garantías individuales que la ley otorga sólo a los privilegiados. Conoció su humillante condición como parias de América. Reivindicaban que ellos contribuyeron con su sangre y vidas a la emancipación del Perú de la dominación extranjera, y que recientemente acudieron a los campos de batalla a defender la patria, sin esperar recompensas.
- Que los beneficios que justifican el pago de la contribución no los reciben ellos, pues sus derechos individuales y sociales no son defendidos, ni protegidos por el Estado.
- Que carecen de toda renta pues no son propietarios, ni ejercen industria ni trabajan fuera de su parcela, de cuyos frutos apenas pueden alimentar a su familia. Que la tierra que trabajan no les pertenece, sino que es parte del fundo de algún propietario, quien les permite cultivarla temporalmente, a cambio de cultivar las tierras de él la mayor parte del año. Además se les obliga a realizar trabajos públicos sin retribución alguna. Por otra parte no hay modo de emplearse en otra actividad, puesto que en Ancash no hay más industria que la minería, y que ésta sólo requiere de 2 por ciento de sus habitantes, quedando el resto desocupados a pesar suyo.

- Que no dudan que haya excepciones y que 5 por ciento indios sean propietarios y en muy pequeña escala, pero la excepción no puede servir de fundamento de una ley que obliga a la multitud.
- Que las condiciones de miseria imperan no sólo en el Departamento de Ancash sino en todo el país, incluso en Lima donde no obstante que concentra la riqueza del país, hay casas donde se padece hambre.
- Que el Estado no les garantiza a los indios la libertad. Todos los gobiernos y sus opositores han recurrido a la leva forzada de indígenas en los ejércitos, someténdolos a un trato cruel e infamante, teniendo en el mejor de los casos que pagar un rescate en dinero o especie para obtener su libertad. Desde la Independencia, los exiguos bienes conseguidos con su trabajo les han sido arrebatados por las diferentes facciones en pugna. Éstas son las formas en que se hace participar a los indios en la política del país.¹²

El documento nos muestra cómo a pesar de la derrota militar, de la desarticulación de la alianza entre indios y mestizos, y de la cruenta represión a la que fueron sometidos, persisten y se afirman en la conciencia india sus demandas frente al poder central, más allá incluso de su capacidad para conseguirlas. El *Memorial* no contiene una humilde súplica a la autoridad de prórroga o rebaja de la contribución, como el que antecede a la insurrección, se trata de una altiva argumentación que cuestiona la perspectiva del adversario, subraya sus contradicciones, y reclama el incumplimiento de los compromisos adquiridos por el *cacerismo* que no retribuyó a los indios los servicios prestados a la patria como había prometido. Apelando al liberalismo del nuevo gobierno *cacerista*, los indios reclaman la condición de hombres libres que los gamonales y el gobierno local y central les escamotean. Reivindican su propia visión de la relación entre dominantes y dominados. Una visión que no les ha sido dictada por los *elementos externos que mal aconsejan a los indios* (los anarquistas), como pretenden las autoridades, sino que ha sido asimilada por los indios a su propia visión del mundo. Afirman su autonomía y su firme identidad como grupo subalterno.

ha contribución personal fue derogada hasta noviembre de 1895.

¹² Alba Herrera, *op. cit.*, pp. 218 s.

Conclusiones

Encontramos en la sublevación de Ancash el despliegue de las potencialidades de una alianza interétnica entre indios, mestizos y criollos y, al mismo tiempo, los límites que la realidad social opone para su realización. Una serie de factores estructurales y otros coyunturales contribuirán al descontento generalizado entre la población de la región, a la formulación de un difuso proyecto político nacional popular alternativo y a la articulación militar de fuerzas heterogéneas.

La guerra contra Chile destroza la economía peruana y arranca a distintos sectores de su propia inercia, tanto entre los indios como entre los mestizos y los criollos. La humillante derrota agrega a la precariedad económica la incertidumbre política y el malestar generalizado. El arribo de nuevas ideas, especialmente las anarquistas, que aporta los elementos para el cuestionamiento de las visiones del mundo arraigadas sólidamente en los distintos sectores.

Esos elementos hacen posible la articulación de una alianza de un conjunto de fuerzas, agraviadas todas ellas por una serie de medidas aplicadas por funcionarios locales prepotentes, que proporcionan la chispa que hace estallar una carga acumulada muy densa. La prepotencia mostrada por las autoridades locales no era un fenómeno incidental sino un elemento estructural, la división estamental de la sociedad peruana funciona bajo esa lógica, en ella, el desastre fiscal del gobierno central sólo puede ser subsanado por la explotación del indio, quienes deben aportar los recursos necesarios para mantener a flote la economía nacional, regional y local. Los indios son la única fuente de riqueza segura, por ello la *contribución personal*, el tributo indígena, se revive periódicamente cuando hay que afrontar una crisis. Una economía, en la que los privilegios de una casta terrateniente parasitaria se sustentan en la apropiación de la fuerza de trabajo y de los bienes producidos por el campesinado indígena, sólo puede sostenerse en la lógica de la guerra de razas, cuyo argumento fundamental es la inferioridad de los indígenas y la superioridad de los criollos. La condición subordinada de los indígenas se garantiza por medio de variados mecanismos, pero todos ellos se apoyan en el empleo de una alta dosis de violencia.

Luego de una fugaz primavera en la que esos principios son cuestionados y la dominación terrateniente es amenazada, los mecanismos de control son reactivados por el bloque terrateniente dominante: el primer paso es la resolución de las diferencias entre iglesistas y caceristas, luego los indios que permanecen en rebeldía son

reprimidos sin misericordia, los que se rinden son tratados con paternal benevolencia para que vuelvan a aceptar su subordinación como algo natural e inevitable. Los mestizos son fuertemente presionados (cooptados, anulados políticamente o asesinados) hasta que desisten de sus veleidades mediadoras y se pliegan nuevamente a la alianza subordinada con los terratenientes. Los principios de la división estamental de la sociedad peruana son restablecidos: las alianzas interétnicas no están permitidas. La guerra de razas no es una elección de los dominados sino la lógica de funcionamiento de una sociedad estamental.

En la sublevación de Ancash se expresan fugazmente tres proyectos nacionales populares igualmente frustrados, aunque cada uno con distinto potencial histórico: el mestizo, nacionalista y populista, representado por Mosquera, que propone la incorporación subordinada del campesinado indígena en un bloque terrateniente burgués, que de manera inorgánica recupera el liberalismo *cacerista* y retorna incluso elementos mesiánicos para movilizar a las masas indias. El proyecto resultó inviable a causa de la debilidad demográfica de los mestizos, expresión de su debilidad social, política e histórica. Su inconsistencia como programa diferenciado respecto a uno u otro polo de la contradicción principal es evidencia de la incapacidad de los mestizos para dirigir una alianza de varias clases o una alianza interétnica.

El proyecto mesiánico, etnocéntrico y militarista, representado por Uchcu Pedro, es capaz de desarrollar acciones militares contundentes de la masa indígena, pero desconfiando de sus aliados potenciales no puede trascender los límites de la *guerra de rayas* y se consume rápidamente en la propia confrontación, a causa de la precariedad de sus recursos. No tiene una forma alternativa de organización de la sociedad.

Finalmente, el proyecto nacional y popular indio, representado por Atusparia, que intenta construir un polo contrahegemónico articulando al conjunto de los sectores dominados en toda su diversidad: clases y etnias. Para ello recupera el tema mesiánico y el programa anarquista. Elabora una estrategia que va más allá de la destrucción del orden establecido, en la cual retoma elementos propios de la organización tradicional de las comunidades para el diseño de un proyecto estatal alternativo, en el que los indios ocupan el lugar central, pero deja espacio a otros sectores dominados. Su inviabilidad deriva de la debilidad de los distintos grupos en establecer una alianza duradera, y de la precariedad de las armas con que cuenta para enfrentar al bloque terrateniente. En la formulación de este último proyecto la presencia de la ideología anarquista será decisiva; esta inicial articulación del proyecto anarquista y el

mesianico permitirá la asimilación en el acervo indígena de una serie de demandas económicas y sociales que rebasan el marco liberal, y que más adelante permitirán la rearticulación del movimiento campesino, incluso bajo otras ideologías de procedencia europea, como el socialismo.

La derrota del movimiento y la consecuente frustración de la alianza entre indios y mestizos, a consecuencia de su propia debilidad y del encarnizamiento con que el bloque terrateniente la enfrenta (pues amenaza radicalmente su predominio) opera en la memoria colectiva como confirmación de su inviabilidad. La desconfianza sistemática entre indios y mestizos, la confrontación como enemigos se verán así reforzadas, imponiéndose la lógica dominante de la separación estamental que obstruye la construcción de un bloque popular alternativo.

Bibliografía

- Alba Herrera, C. Augusto. *Atusparia y la revolución campesina de 1885 en_Ancash*: Atusparia, Lima, 1985.
- Blanchard, William C. "Hualcán. Una estancia del Callejón de Huaylas": Instituto Indigenista Peruano, Lima, 1967.
- Bonilla, Heraclio. "El campesino indígena y el Perú en el contexto de la Guerra con Chile", en Steve J. Stern. *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglos XVIII al XIX*: IEP, Lima, 1989.
- Goidmann, Lucien. "Importancia del concepto de conciencia posible para la comunicación", (1967) Coloquios de Royaumont (mimeo).
- Malión, Florencia. "Coaliciones nacionalistas y antiestatales en la Guerra del Pacífico: Junín y Cajamarca, 1879-1902", en Steve J. Stern, *op. cit.*
- Manrique, Nelson. "Los movimientos campesinos en la Guerra del Pacífico", en *Allpanchis Phuturinga*, núm. 11-12, Cusco, 1979.
- Mariátegui, José Carlos. "Prefacio a 'El Amauta Atusparia' (1930)", en *Ideología y política, Obras Completas*, vol. 13: Amauta, Lima, 1976.
- Martínez de la Torre, Ricardo. "Prólogo a la segunda edición de 'El Amauta Atusparia' (1932), en *Apuntes para una interpretación marxista de la historia del Perú*, Lima, 1956.

Melgar Bao, Ricardo. *El movimiento obrero latinoamericano*: Alianza Editorial/CNCA, México, 1989.

———. "Nuevo mundo y área mediterránea en confrontación: sistemas político-culturales en los siglos XV-XIX": Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1994.

Morillo, Emilio y Balmes Lozano, *La sublevación de Atusparia. Versión oral de Santiago Maquina Chauca*: Cied y La Fragua, Lima, 1984.

Stern, Steve J. *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglos XVIII al XIX, op. cit.*

Valladares, Manuel y Jean Piel. "Sublevación de Atusparia", en Wilfredo Kapsoli. *Los movimientos campesinos en el Perú*: Delva, Lima, 1977